

---

## Campus FAES Chile | Presentación del informe de FAES 'América Latina. Una agenda de libertad 2012' Santiago de Chile, 10 de enero de 2013

**La continuidad histórica de una Nación que abrazó la democracia y es garantía de libertad merece ser defendida con el mayor coraje y la más firme convicción.**

Quiero que mis primeras palabras sean para dar las gracias a la Unión de Partidos Latinoamericanos, UPLA, y a su presidente, Jovino Novoa.

FAES y UPLA llevamos muchos años trabajando juntos en defensa de la democracia y la libertad en América Latina. Esa colaboración siempre ha sido grata y útil. Estoy seguro de que hoy no será la excepción.

El apoyo, compromiso y entusiasmo de Jovino y su equipo han sido imprescindibles para la organización de este Campus FAES que celebramos en Chile con la voluntad de que se convierta en un referente de debate en libertad y para la libertad.

Aquí se está reflexionando mucho, y con acierto, de las cosas importantes, las que determinan la prosperidad y la pujanza de las Naciones: la apertura económica, la seguridad jurídica, la fortaleza institucional...

Este Campus es la expresión de una de las convicciones más arraigadas en la Fundación FAES: la certeza de que no hay mejor manera de afrontar los grandes retos del siglo XXI que mediante el diálogo y la cooperación atlántica.

Chile y España, América y Europa, tenemos el deber de fortalecer el vínculo que nos une. No se trata sólo de reivindicar los lazos históricos, biográficos o culturales que nos hermanan desde hace siglos. Nuestro principal desafío es contribuir a la construcción de un futuro mejor para todos.

Es verdad que el Pacífico representa hoy una nueva oportunidad. Los chilenos lo saben muy bien. Pero la relación entre Pacífico y Atlántico no es una suma cero. La libertad, la seguridad y la prosperidad siguen teniendo en el Atlántico sus raíces más sólidas y un terreno fértil y estable para su desarrollo. Los valores atlánticos y una estrecha colaboración entre América Latina, Estados Unidos y Europa son los que nos permitirán aprovechar al máximo las muchas ventajas que ofrece ese gran fenómeno contemporáneo que es la globalización.

Se la critica mucho. Pero la globalización es un pasaporte hacia la prosperidad para quienes saben aprovecharla. Es un motor de generación de riqueza para quienes estén dispuestos a tejer alianzas en torno a políticas de apertura, competencia y libertad.

A esa tarea estamos emplazados todos, y de manera muy directa vosotros. Los parlamentarios de América Latina tenéis una gran responsabilidad. En vuestra

mano está consolidar un futuro de éxito para toda esta gran región. Estoy convencido de que lo haréis.

Y aprovecho aquí para dar las gracias a la Universidad Andrés Bello y a su rector, Pedro Uribe. Por la valiosa labor que desarrollan día a día para formar a las generaciones que van a liderar el futuro de Chile y de América Latina. Por su eficaz colaboración para que este Campus Chile haya sido posible y por acogernos en estas magníficas instalaciones.

Hace unos años tuve el honor de ser distinguido con un doctorado honoris causa por esta Universidad. Entonces dije que “si fuera estudiante, me gustaría ser alumno de la Andrés Bello”. Hoy lo vuelvo a repetir, también con el orgullo de poder hacerlo en este auditorio que lleva mi nombre. Muchas gracias.

La Fundación FAES está dedicada a la defensa de las ideas de libertad. Lo hacemos con propuestas concretas para la reforma y modernización de la sociedad.

“América Latina, una Agenda de la Libertad 2012” es la expresión de un proyecto que nació en 2007, cuando decidimos dar un nuevo impulso al compromiso de FAES con América Latina, publicando un primer documento que presentamos en 18 países de la región.

Ahora, cinco años después, publicamos una nueva edición en la que analizamos los profundos cambios experimentados en América Latina en este lustro y planteamos propuestas renovadas a la luz de las nuevas circunstancias.

La “Agenda de la Libertad 2012” es un documento político. Es un documento propositivo. Y es un documento netamente trasatlántico, en el sentido de que ha sido elaborado con las aportaciones de más de 1.400 personas procedentes de las dos orillas. No es un informe de FAES para América Latina. Es un informe sobre América Latina elaborado por la gran red iberoamericana de FAES. Una red que crece día a día, con la incorporación de nuevos colaboradores, nuevas instituciones, nuevos becarios y nuevos amigos.

La Agenda de 2012 ha sido presentada ya en España, Colombia, México, Argentina, Brasil, Estados Unidos, Guatemala, Costa Rica y El Perú. Poder hacerlo también hoy en Chile me complace de manera especial.

Conozco Chile desde hace muchos años. La democracia chilena es buena prueba de algunas cosas de las que soy un firme convencido:

La primera es que América Latina es parte sustancial e imprescindible de Occidente. Lo es por su historia. Lo es por sus aportaciones al pensamiento y la cultura.

Chile es una gran Nación occidental. Una Nación con la que España tiene vínculos muy profundos. Chilenos y españoles hemos vivido juntos, y juntos hemos protagonizado dos de los grandes hitos de la humanidad.

El primero fue el encuentro entre lo que los pioneros del Siglo XVI bautizaron como “el Viejo Mundo y el Nuevo”. Hace ya casi cinco siglos, personas, bienes e ideas desafiaban las imponentes cumbres chilenas y sus bravas aguas antárticas para unir al Atlántico con el Pacífico, y a Europa con América. Fue la primera gran globalización de la historia, y españoles y americanos fuimos sus protagonistas.

El otro gran hito, tres siglos después, fue la Revolución liberal atlántica. Esta “Agenda de la Libertad 2012” es en muchos sentidos un homenaje a aquella revolución. Quisimos que su publicación coincidiera con el bicentenario de la Constitución de Cádiz, un texto que es referencia de civilización y libertad en ambas orillas del Atlántico.

“La Pepa” fue redactada por españoles de ambos hemisferios para ambos hemisferios. Puso fin al Antiguo Régimen, consagró la Nación Española como la unión de ciudadanos libres e iguales en la Ley, y contribuyó de manera determinante a la difusión de las ideas y valores de libertad sobre los que se fundaron las nuevas repúblicas latinoamericanas.

Espanoles y latinoamericanos podemos afirmar que alcanzamos la modernidad política al mismo tiempo, casi de la mano.

Yo no comparto el pesimismo resignado de quienes vaticinan una prolongada decadencia de Occidente.

No lo comparto porque sé que un Occidente fuerte necesita una América Latina fuerte en los valores que nos distinguen: la libertad, la democracia, el Estado de Derecho, la división de poderes, el pluralismo político, la economía de mercado y la sociedad abierta. Y porque en los últimos años esos valores han arraigado en buena parte de América Latina.

En nuestra Agenda de 2007 decíamos que América Latina se encontraba ante una disyuntiva crítica: podía deslizarse por la senda del populismo, la demagogia y el ensimismamiento en un victimismo estéril. O podía elegir el camino del compromiso democrático, la responsabilidad económica y la apertura en un mundo global.

Pues bien. Cinco años después podemos afirmar con satisfacción compartida que la inmensa mayoría de los países de América Latina han escogido bien. Los cambios son espectaculares para los que han elegido el camino de la apertura y el Estado de Derecho. Si en 2007 había más sombras que luces en América Latina, hoy las luces predominan nítidamente sobre las sombras.

En estos días vemos con meridiana claridad la abismal diferencia que hay entre los países que son gobernados por la Ley y las instituciones democráticas, como Chile, y los que aún soportan el Gobierno arbitrario de una persona y de su camarilla. En los primeros lo que impera es el Estado de Derecho –la defensa de las libertades individuales y el sometimiento del poder a la Ley- y en los otros el capricho de un autócrata, aunque se disfrace de demócrata.

---

La buena noticia es que el conjunto de la región se ha decantado mayoritariamente por la democracia representativa y la economía de mercado. El pluralismo político y la alternancia han avanzado. El respeto a las libertades individuales ha crecido. Y el Estado de Derecho se ha visto, en términos generales, fortalecido.

En lo económico, la continuidad en la aplicación de políticas sensatas ha dado excelentes frutos en términos de crecimiento, inversión, creación de empleo y lucha contra la pobreza.

En esta evolución positiva de América Latina, el ejemplo y liderazgo de Chile han jugado un papel absolutamente decisivo.

Esta es otra gran verdad que la democracia chilena ha venido a demostrar: que el destino de las Naciones no está escrito. Depende de sus políticas, de sus decisiones, de la voluntad de sus sociedades y del acierto de sus líderes.

El pueblo chileno y sus dirigentes saben que el camino del progreso no lo marcan ni el inmovilismo ni el proteccionismo, sino las reformas estructurales y la apertura. Han entendido que para luchar contra la pobreza no hay fórmula más eficaz que suprimir las barreras al emprendimiento y al comercio, dar entrada al capital privado y promover la competencia.

Y aquí me gustaría reconocer públicamente la magnífica labor desarrollada por el Gobierno de Sebastián Piñera.

Es verdad que a la izquierda se la suele juzgar por sus intenciones y a la derecha por sus resultados. Ocurre aquí y en el resto del mundo. Pero eso no debe generar frustración ni mucho menos desánimo. Sobre todo cuando los resultados de las buenas políticas reformistas están a la vista, y son tan contundentes como en Chile ahora mismo.

No hay mejor aval del éxito del centro-derecha chileno que los datos económicos de su gestión al frente del Gobierno: un crecimiento sostenido superior al 6% del PIB. Casi 700.000 empleos nuevos en tres años. Decenas de miles de nuevas empresas. Las tasas de paro y de inflación más bajas de América Latina. Las cifras de exportación y de inversión extranjera más altas de toda la región. Y el mayor porcentaje de clases medias de toda América Latina.

Esto último me parece determinante.

Una de las conclusiones más importantes de esta “Agenda de la Libertad” es precisamente la necesidad de ampliar y consolidar las nuevas clases medias surgidas al amparo de la buena coyuntura económica que hoy vive América Latina. Ese fue el gran éxito de Europa en la segunda mitad del Siglo XX. Y su erosión es ahora nuestra mayor preocupación.

La clase media es la columna vertebral de una sociedad abierta. Es lo que le confiere estabilidad y dinamismo. Lo que protege los avances logrados y permite

conquistar nuevas metas. Por eso no hay nada más equivocado o peligroso para un país que impulsar políticas que las debiliten o erosionen.

Un país con clases medias sólidas es un país capaz de resistir el viento de la crisis y la marea de la recesión. Un país sin clases medias, o con clases medias frágiles y depauperadas, es terreno abonado para los experimentos extremistas y la demagogia populista.

¿Y cómo se forja una clase media fuerte y sólida? Los chilenos lo saben bien.

Con reformas ambiciosas que garanticen una educación de calidad para todos y las mejores oportunidades para cada uno. Con una política fiscal austera en el gasto y moderada en los impuestos, que estimule la confianza, el ahorro y la inversión. Con medidas que faciliten la creación de empresas, porque son ellas las que generan el crecimiento y el empleo. Con reformas estructurales y liberalizadoras, que consoliden una economía flexible, abierta y competitiva. Y, sobre todo, con instituciones democráticas sólidas, que permitan a los ciudadanos desarrollar todo su potencial con la garantía que ofrecen los dos grandes valores de las democracias occidentales: la seguridad –física y jurídica- y la libertad.

Y con esto llego a la última reflexión que me gustaría hacer esta tarde.

Las Transiciones chilena y española son consideradas dos grandes ejemplos de patriotismo, inteligencia y generosidad. Las dos se forjaron sobre la firme voluntad de superar un pasado de conflicto y división. Las dos se articularon mediante un gran consenso político. Y las dos permitieron a nuestros países el mayor avance económico y social de su historia.

Nuestro deber ha sido –y es hoy- salvaguardar ese legado y entregarlo, fortalecido, a las siguientes generaciones.

Eso significa dos cosas.

En primer lugar, significa preservar la voluntad de consenso que animó a los protagonistas de aquellas Transiciones. ¿Cómo? Siendo leales al proyecto democrático de convivencia nacional que ellos forjaron y reclamando a todos idéntica lealtad; empezando por la lealtad al principio de alternancia en el poder.

Cuestionar las propias bases del sistema político porque gobierna o permite gobernar al adversario es sencillamente inaceptable. Negar legitimidad a las reformas porque quien las promueve es un partido de signo contrario, también: es inaceptable, injustificable y anti-democrático.

Pero, sobre todo, preservar el legado de la Transición significa un compromiso inquebrantable con sus logros concretos.

El consenso chileno, como el español, no fue nunca un fin en sí mismo. Fue el instrumento que permitió articular un marco de convivencia desde la afirmación

de un principio esencial: que no hay democracia sin instituciones sólidas y sin el acatamiento escrupuloso de la Ley.

El respeto a las instituciones democráticas y a la Ley: ese es el gran legado de la Transición y eso es lo que debemos defender con claridad y decisión.

Porque una Nación débil, dividida o desestructurada no puede ser nunca una Nación próspera. Una Nación que impugna sus mejores logros colectivos no puede afrontar con convicción desafíos futuros. Una Nación que menosprecia sus instituciones pone en riesgo su convivencia. Y una Nación que tolera el incumplimiento de sus leyes es una Nación que se asoma al fracaso.

Como español, me gustaría que mi país fuera capaz de sacar sus propias lecciones, para ella como Nación, de la grave crisis que hoy atravesamos.

Los españoles estamos viendo en carne propia que nunca se deben dar por hechas ni la convivencia ni la prosperidad. No están garantizadas para siempre y son logros que pueden revertirse muy rápidamente con un coste incalculable para la gente.

Me gustaría que pongamos en valor los logros políticos y económicos que alcanzamos cuando trabajamos juntos para forjar un gran proyecto de convivencia nacional. Que denunciemos con claridad a quienes, por frivolidad o sectarismo, rompen los grandes consensos de Estado. Y, sobre todo, que hagamos todo lo necesario para garantizar el respeto a las instituciones y el cumplimiento de la Ley siempre y por parte de todos.

La continuidad histórica de una Nación que abrazó la democracia y es garantía de libertad merece ser defendida con el mayor coraje y la más firme convicción.

Y lo que quiero para los españoles también lo quiero para mis amigos chilenos. Deseo que sigáis avanzando, con paso sereno y firme, en un proyecto nacional inequívoco de fortalecimiento de vuestra democracia. Una democracia que es –y sin duda seguirá siendo– un modelo no sólo para el resto de América Latina, sino también para Europa.

Termino ya. Lo hago reiterando mi llamamiento a estrechar el vínculo que nos une a chilenos y españoles, y a todos los que nos decimos y deseamos occidentales.

Trabajemos juntos desde la doble certeza de lo mucho que nos une y nos jugamos. Aprovechemos las oportunidades que ofrece la globalización con políticas de apertura y libertad. Hagamos lo necesario para ampliar y afianzar las clases medias a ambos lados del Atlántico porque son la mejor garantía de nuestra prosperidad futura. Fortalezcamos nuestras instituciones democráticas y nuestro Estado de Derecho porque son esenciales para la convivencia.

Y tengamos siempre clara la grave amenaza para la propia democracia que es el terrorismo; una lacra que busca la destrucción de lo mejor de las naciones y que requiere de una respuesta firme del Estado de Derecho. Colaboremos también

para abordar los grandes desafíos de este siglo: la inseguridad, la lucha contra la pobreza, el suministro de energía y la conservación del medio ambiente.

En definitiva, avancemos juntos en la construcción de sociedades abiertas a ambos lados del Atlántico y hagamos que Occidente sea, más que nunca, sinónimo de libertad, seguridad y prosperidad. Es un desafío enorme. Pero juntos, uniendo voluntades y concertando estrategias, podemos abordarlo con el mismo éxito de nuestros mejores empeños.